

# La Llave Andariega

## HISTORIA DE UN VIAJE RAPIDO

JUAN GUZMAN Cruchaga, que hace pocos meses fue Embajador de Chile en El Salvador, entonces era Cónsul en un puerto de Méjico. Un día, sorpresivamente, se le ofreció el consulado de Río Gallegos, allá en el fondo de la República Argentina. Juan Guzmán aceptó inmediatamente. Y no podía ser de otra manera, porque siempre el viaje le sedujo tanto, que hay pocos caminos que un día no le han visto pasar.

Para ir al sur de Argentina pasaría por Santiago, y esta oportunidad de volver a ver su vieja casa de la calle Santo Domingo, y charlar un poco con Roberto Suárez y con René Serano, aumentó su entusiasmo. Apresuradamente arregló sus maletas y en el primer vapor que venía hacia el sur se embarcó.

—Así tiener que ser los más hermosos viajes— pensaba Juan Guzmán, acodado en la borda, viendo borrarse la costa mejicana. Sin preparativos, sin esperas, sin largos trámites. Los viajes mucho tiempo esperados se marchitan, pierden la lozanía del primer proyecto. Y así, cuando llega el día de la partida, el viajero se embarca como por compromiso. Por compromiso con todos aquellos que lo despidieron, que le desearon muchas felicidades y le dieron tantos abrazos. Y esos abrazos, en el momento de la partida, no quieren retenerlo, sino que lo empujan.

El pobre viajero sube al barco con unos grandes deseos de quedarse, y piensa en que si no tuviese tantos amigos, y no le hubiesen dado aquel banquete en el club, el se volvería corriendo a su casa, y buscaría sus zapatillas, como todas las tardes, cuando regresaba un poco cansado. Después tiene una vaga esperanza de que al barco se le caiga una hélice.

En cambio, el viaje de Juan Guzmán era el viaje perfecto. Era como casarse con la muchacha bonita que le acaban de presentar. Apenas había terminado de arreglar sus maletas, y ya la costa se había desvanecido en el horizonte.

Claro que con la prisa no había alcanzado a avisarle su regreso a la familia. Pero era preferible, pues enviarle un cablegrama podía producir alarma. Y escribirle una carta habría sido una competencia, una carrera entre la carta y él. ¿Quién llegaría primero? Posiblemente llegaría primero Juan. Y así todo sería al revés. No llegaría la carta anunciando que venía Juan, sino que llegaría Juan diciendo que venía la carta. Era, pues, preferible no haber avisado. Navegando escribió los versos más hermosos, en los cuales se revolvió la pureza griega con cierta abrasadora temperatura española.

Después de un viaje tranquilo, desembarcó en Valparaíso, y tuvo tiempo sobrado para tomar en la estación del puerto el tren expreso que llega en la noche a Santiago.

Cuando salía de la estación Mapocho, se encontró con su primo Germán Luco. El autor de "La viuda de Apablaza" se asombró mucho al verlo.

—¿Tú aquí?

Juan tuvo que explicarle detalladamente que el viaje precipitado no le había dado tiempo para avisar. Dejaron las maletas en un kiosco donde se guardan los equipajes, y fueron a conversar a un café. La conversación duró varias horas. Eran las tres de la madrugada cuando Germán le preguntó:

—¿Y ahora cómo vas a entrar a tu casa? Despertarás a todos. Si quieres, te llevo a la mía.

—No. Puedo entrar. Tengo llave.

—¿La traes desde Méjico?

—Desde Méjico. Cuando partí se fue en mi llavero. Siempre anduve con ella, y cuando pensaba en mi casa de la calle Santo Domingo, me parecía que desde Méjico abría su puerta con mi llave.

Germán era muy sentimental, le entusiasmó este asunto de la llave, y quiso contentarlo por su cuenta. Pero Juan no se lo permitió. Entonces Germán quiso acompañarlo.

—No —le dijo Juan—, déjame ir solo, como cuando era un muchacho y todas las noches regresaba por la misma vereda de Santo Domingo, siempre muy desierto.

Se separaron, y Juan echó a andar por la misma calle de los viejos años, viendo cómo de noche las calles guardan mejor sus memorias. De noche las esquinas recuerdan como personas. En el día, el trajín de transeúntes y carretones, despedaza toda evocación, la pisa, la mancha y la devuelve con el polvo. Pero en la noche, cuando todos se han ido, las calles remiendan sus recuerdos y sacan a caminar a sus queridos espectros. Detrás de aquella ventana, sonaba un piano inconsolable. Más allá, en esa casa que ya empieza a estar ruinosa, vivió una buena amiga, que también leía a Martínez Sierra. Y así, cada puerta de una historia, cada balcón sabe murmurar algo.

Y, como entonces, llegó a su casa, y con la llave andariega que vio muchos cielos extranjeros, abrió la vieja puerta. Igual estaba el silencio, la misma sombra de 1912. El naranjo en el patio, y por entre sus ramas miraba una estrella antigua.

Llegó a su pieza, que estaba abierta, y tuvo que acomodar algunas cosas. Los viejos muebles tienen amigables crujidos que conocemos desde niños. Se acostó,

apagó la luz, y en la sombra recibió, como un santo regalo o como una gran caricia, la misma paz del pasado. La misma paz que era como una abuela que venía a hacerlo dormir.

Al día siguiente, muy temprano, se levantó una empleada y se extrañó mucho de ver esa habitación tan cerrada. La noche anterior ella la había dejado abierta. Entró con la escoba y el plumero. En los primeros momentos, en la oscuridad, no vio nada. Abrió un postigo. La cama estaba ocupada... ¡Y vio a Juan!

Escapó despavorida, sollozando, gritando:

—¡Señora! ¡Señora! ¡Se me apareció don Juan!

Temblaba en una forma inverosímil, y el llanto no le permitía articular bien las palabras:

—¡Se me apareció don Juan!

En la casa empezaron a abrirse puertas, estrepitosamente:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

La mujer lloraba a gritos. Hubo agitación por todas partes, pero nadie sabía encontrar la causa de aquel dolor, encontrar la desgracia, la catástrofe, y había carreras que buscaban desatinadas.

—¿Qué fue?

Pero la madre, que no sólo ama a su hijo, sino también al fantasma de su hijo, salió, serena, entera, engrandecida por el amor maternal.

—¿Qué has visto?

—Se me apareció don Juan.

La madre del poeta, dominaba todo el barullo con su energía:

—¿Dónde? Di.

—¡En su pieza! ¡En su pieza se me apareció! ¡Yo no voy! ¡No voy! No voy! Ansiosamente, fue la madre.

Con los escandalosos gritos, Juan había despertado. Y él mismo había sentido deseos de asomarse a la puerta, a preguntar, como los demás:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Y estaba en la cama, muy sonriente. Así lo vio su madre cuando entró. Y el fenomenal sainete terminó con un apretado abrazo, y las bellas lágrimas.

Y en voz muy baja, como de amorosa confidencia, ya en la dicha y en el cariño:

—¿Cuándo has llegado?

—Anoche, mamá.

Pero afuera continuaba la trifulca horrenda. La mujer seguía llorando y gritando, entre el grupo de la familia que estaba desconcertada. Juan dijo:

—¿No sería conveniente que fuera yo? Que fuera el fantasma a llevarle un vaso de agua para que se tranquilizara...

Las hermanas fueron a saludarlo, diciendo, muy razonablemente:

—Que venga Juan. Que venga para que ella vez que no hay ningún fantasma.

Al escuchar esto, la mujer escapó enloquecida, con sus alaridos, a esconderse en el fondo de la casa.

Por fin, Juan se levantó, y todo comenzó a recobrar el ritmo cotidiano. Pero la empleada no se convencía de la realidad. Lo miraba desde lejos, con gran desconfianza.

Fue inútil todo. Lo vio almorzar con alegre apetito. Pero ese almuerzo no le bastó. Lo oyó reír estrepitosamente, y siempre dudaba.

Claro que Juan, con su eterno buen humor, dijo, cuando la mujer podía oírle:

—En México yo era uno de los mejores fantasmas. Y en Colombia gane a todas las ánimas.

Dos días resistió la empleada, y se acercó a hablar con la señora:

—Perdóneme, usted; y lo siento mucho. La casa es muy buena. Yo estoy muy agradecida. Pero quiero que la señora me pague los días de este mes, que he trabajado.

—¿Y por qué te vas?

—Perdóneme, señora. Ya le digo, estoy muy agradecida, pero cada una sabe las cosas...

Hubo que pagarle. Eran nueve días. En la tarde trajo una carretela, y se llevó su cama.



Juan Guzmán Cruchaga regresa a Chile.

Domingo 3 de Mayo - Daniel de la Vega